

esde aquella altiplanicie trataron de escudriñar hacia la lejanía, que se mostraba con abundantes bosques y llena de retos.

Tomaron la decisión de emprender la marcha y caminar campo a través en descenso. Apenas llevaban unas tres horas de travesía cuando percibieron un ligero murmullo de agua que corría próximo, expectantes se desviaron ligeramente de su ruta en dirección al rumor que percibían, y quedaron maravillados al encontrar un arroyo de aguas rápidas y sonoras que discurría entre

peñascos en su misma dirección hacia el valle.

Ambos se miraron felices, podrían refrescarse, proveerse de agua, y buscar algo de comida que no fueran frutas o vegetales, dieta a la que se vieron sometidos una vez se acabaron las exiguas provisiones. Se dieron un buen baño en la orilla de un remanso, donde pudieron aliviarse de pequeños rasguños y contusiones, pero sobre todo se quitaron el polvo del largo y movido viaje a lomos de los Tilonidos. El río les invitaba a pescar, no tenían con que hacerlo, pero idearon que mientras Pichín metido en el

agua hasta la rodilla instigaba a los peces en dirección a la orilla, Sundi los esperaba con la chaquetilla sumergida a modo de cesta para atraparlos, la idea resultó a medias, los peces se escurrían, pero al menos pudieron coger, tras varios intentos, media docena, gracias a la abundancia y buen tamaño de los mismos.

Con el machete, limpiaron la pesca, luego hicieron fuego y sobre las brasas insertados en una larga caña los asaron. Tras alimentarse decidieron descansar retirados al cobijo de unos matorrales, reclinados sobre sus mochilas trataron de dormir un poco. Al rato Pichín despertó y pudo comprobar que su compañero no se encontraba junto a él, alarmado se incorporó y le vio algo alejado arrastrándose sobre la hierba en dirección a la orilla del riachuelo, en su mano llevaba asido con fuerza el cuchillo, enseguida comprendió la intención del pequeño hombrecillo cuando vio a un ciervo unos metros más adelante bebiendo agua del arrovo.

Sundi oteaba y olía el viento que soplaba a su favor, sabía que esto le favorecía y su presencia por el momento pasaría desapercibida, entonces se lanzó sobre el confiado mamífero, el impulso de su peso derribó a su presa de rodillas y antes de que pudiese levantarse de nuevo, su cuchillo había encontrado por el costado el corazón del animal que



La Ciudad Olvidada

cayó fulminado.

La actitud, astucia y fiereza de su amigo le había sorprendido, y esperó el regreso de este, que con el animal al cuello, se dirigía hacia donde estaba.

-Traer carne para un tiempo, ayudar a trocear.- le dijo.

Pichín le miró agradecido y sin decir nada atendió a la petición, en su fuero interno se alegró de conocer su habilidad para la caza, que les proporcionaría alimento para el duro viaje que tenían por delante. Cuando estuvo todo dispuesto, recuperados y llenos de esperanza emprendieron de nuevo la andadura. Al caer la tarde se detuvieron a la salida de un bosque de enormes y centenarios árboles, para admirar la súbita presencia de un lago azul y en la lejanía, los perfiles de una ciudad blanca envuelta en una tupida bruma.

Estuvieron durante un buen rato contemplándola, ambos sintieron una extraña sensación que recorría su cuerpo, aquella que fortalecía la probabilidad de estar ante el inminente descubrimiento del templo de Atimon que buscaban. Pichín no podía recordar si en el plano que quedó en poder del capitán cuando esté y la tripulación los abandonaron, figuraba alguna indicación del lago, pero tampoco importaba mucho, buscarían la forma de franquearlo para acercarse al contorno de aquella supuesta metrópoli.

Había sido una jornada intensa, por lo que decidieron regresar un corto trecho al amparo del bosque y pasar la noche, en la mente de ambos existía la tentación de probar la carne que llevaban, por lo que hicieron fuego y asaron un muslo del ciervo, que se repartieron y comieron con avidez y deleite.

- Dormiremos en la cruz de un árbol, no sabemos qué animales pueden rondar por estos lugares



y estaremos más seguros.- indicó Pichín.

Cuando encontraron el lugar más idóneo, se encaramaron por un grueso tronco y apoyados en sus ramas inferiores, se acomodaron dispuestos a pasar la noche.

Pichín no podía conciliar el sueño, mantenía una gran excitación por el descubrimiento que habían hecho y solo le inquietaba como atravesar el lago para rastrear aquellas edificaciones.

- Debemos idear un plan para acceder al poblado a través del lago o bordeándolo, pero convendría pensar en una solución.- hablando así se volvió hacia su compañero, pero este ya dormía profundamente. Al amanecer, los trinos y el fuerte revoloteo de una amplia bandada de pájaros sobre la copa del árbol donde descansaban, les despertaron, bajaron al suelo, Pichín removió las cenizas y luego tapó con tierra los restos de la hoguera, tomaron sus pertenecías y alcanzaron de nuevo el margen del lago, las aguas parecían rodeadas por una pequeña playa que algunos

cocoteros lamían atrevidos y tomaron la decisión de caminar bordeando el litoral.

De tanto en tanto descansaban sentados sobre la arena. Sundi aprovechaba para hacer incursiones hacia la maleza y salir ataviado con collares de hermosas flores de muy variados colores o ramas de helechos entretejidas en su cabello, dando la impresión de penachos que lo hacían más alto, parecía animarse con esta práctica que a Pichín le resultaba divertida y le reía las travesuras al pequeño y aceitunado camarada.

En una de estas incursiones el aborigen tardó en regresar, preocupado Pichín no sabía qué hacer, pues no podía abandonar el equipo e ir a buscarle, tampoco cargar con todo, de repente escuchó un grito de su compañero.

Francisco Ponce Carrasco

info@franciscoponce.com

www.franciscoponce.com

